



CAMBIA DE PADRES

TERENCE BLACKER

Primera edición: abril de 2007

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Marta Mesa

Título original: *Parent Swap*
Traducción: Isabel González-Gallarza

Publicado originalmente por Macmillan Children's Book

© Terence Blacker, 2005
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Ángela.

Desastre total

A veces tengo lo que llaman una experiencia extracorpórea.

Lo mismo puedo estar andando por la calle, o en casa con mi familia, o garabateando distraídamente en clase de la señora Elliott, y entonces, de pronto... ya no estoy ahí.

Siento que me elevo, atravesando mi piel, y asciendo despacio en el aire, como un águila; entonces miro hacia abajo, a la persona que antes era yo pero ahora no es más que un puntito microscópico en el escenario que se extiende por debajo de mí.

Cuando vuelvo a bajar, ya no soy yo mismo realmente. O, si lo soy, es como si me hubiera convertido en una nueva versión de mí mismo.

Este nuevo chaval tiene trece años como yo y tiene mi mismo aspecto, pero viste mejor y tiene un peinado que mola más. Cuando alguien le insulta o se mete con él, se le ocurre un buen corte que pegarle en ese mismo instante, y no media hora después.

Y este chaval vive en una casa grande con jardín y un pavo real en medio del césped. Tiene una familia agradable y un mayordomo llamado Harry Flintock, que es también su mejor amigo. No va al colegio porque su trabajo como explorador, espía, hombre de acción, viajero por el mundo, médium *amateur*, activista del medio ambiente

y millonario es demasiado importante para él como para perder el tiempo escuchando a la señora Elliott mientras suelta su rollo.

Su nombre es Jay Daniel Bellingham.

Jay está casi siempre metido en alguna aventura. Lo mismo puede estar nadando con delfines, que bajando cañones, o al volante de su *cuadropod* (un coche que inventó él mismo) por el desierto, o en una rueda de prensa después de haber hecho algo especialmente increíble.

Pero de vez en cuando también puede estar de mal humor, enfadado por algo que le haya ocurrido a su mejor amigo, Danny Bell.

Entonces a lo mejor le da por soltar un gas somnífero que duerme a toda la gente de su clase excepto a la señora Elliott, que seguirá dando clase como si nada mientras todos los alumnos duermen a pierna suelta. O le dedicará a Kirsty, la hermana de Danny, una mirada dura y fría que le hará ponerse colorada y tartamudear, y entonces se callará la boquita por primera vez en diez años.

Jay nunca se comporta de manera violenta. Hacer daño a la gente no está en su código de honor. Cuando se vuelve malvado, es siempre por una buena causa, como por ejemplo una especie en vías de extinción, la paz mundial, la felicidad de la humanidad o Danny Bell.

Yo no soy Jay Daniel Bellingham. Soy Danny Bell.

Aquella tarde de mayo, el día en que mi vida cambió para siempre, no estaba quemando neumático por mi pista privada al volante de mi *cuadropod*. Iba camino de mi casa desde el colegio, yo solo. Soy un chaval un poco desastrado, el tipo de persona en el que nadie se fija, el típico que incluso cuando está metido en un lío y lleva en la mochila una carta para sus padres de parte de un profesor (que era mi caso), se las apaña para salir del ato-

lladero cerrando el pico y pasando inadvertido hasta que el problema se resuelve solo.

No había parcelas de césped con pavos reales a mi alrededor mientras, soñando despierto sobre esto y lo otro, me dirigía a mi casa caminando entre las torres oscuras de apartamentos del barrio en el que vivo. Pavos reales no, solo bandadas de estorninos posados en los tejados, piando y riéndose.

Y no era la escalinata de mi mansión lo que subí, sino un par de tramos de escalones de cemento con olor a pis, húmedos y fríos incluso en pleno verano, hasta llegar al apartamento del segundo piso al que yo llamo hogar, en el 33 de Gloria Mansions.

No, no soy Jay. Soy Danny. Y por primera vez en mi vida (aunque la última, como se vería después), la realidad estaba a punto de ser más extraña que ningún sueño.

ENTREVISTA N.º 1

Dave, Kirsty y Robbie Bell

DAVE: *No recuerdo ese día. Normalmente Danny llega a casa justo cuando en la tele están poniendo «Countdown», se pilla una tostada y se mete en su cuarto. Este chaval siempre ha sido un poco soñador. Está en su mundo, como su padre.*

KIRSTY: *¿Un soñador? Un chalado, más bien.*

DAVE: *Cuando no era más que un bebé, escribí una canción sobre él titulada «Mi pequeño soñador». Podría tocarla para usted, si quiere.*

ENTREVISTADOR: *Quizá más tarde.*

KIRSTY: *Perdona, papá, pero Danny no es como tú. No toca la guitarra. No le interesa tirarse todo el día sentado*

delante de la tele como un muermo. No bebe cerveza desde las once de la mañana en adelante. Incluso a veces sale de casa, no como alguien que yo me sé.

DAVE: *Bueno, nena, vamos a cambiar de tema.*

ROBBIE: *Solía llevarme al parque, ¿verdad, papá?*

KIRSTY: *Seamos sinceros, ni siquiera nos fijábamos en él. No sé por qué se ha montado tanto jaleo ahora por él, la verdad.*

ENTREVISTADOR: *La señora Bell ya se había marchado para entonces, ¿verdad?*

DAVE: *¿Paula? Sí, ya estaba lejos, bien lejos, sí. Estábamos en plena separación, por decirlo de alguna manera. Ella quería dedicarse de lleno a su carrera. Yo me quedé cuidando de los chicos.*

KIRSTY: *Cuidarnos consiste en que te tiras el día entero viendo la tele y nos mandas a nosotros a hacer la compra.*

ROBBIE: *Mamá antes también veía la tele.*

DAVE: *Sí, ella siempre quería ver otra cosa en otro canal. Anda que no nos peleamos veces por el mando a distancia ni nada...*

ENTREVISTADOR: *Muchas gracias a todos. Una entrevista muy esclarecedora.*

Mi casa: la palabra «desastre» apenas alcanza a describir el aspecto de mi piso en el 33 de Gloria Mansions. Es como si todas las clases propias de desorden de cada uno de los miembros que componen mi familia –mi padre, mi madre, mi hermana mayor, Kirsty y mi hermano pequeño, Robbie– se hubieran combinado para producir una especie singular que supera los límites del desorden para adentrarse en los del desastre más absoluto.

De manera que la contribución de mi padre –latas vacías de cerveza, colillas, cuerdas de guitarra, un calcetín que se quitó hace unas semanas– se ha mezclado ya con las revistas para adolescentes de mi hermana Kirsty, sus viejos pintalabios, sus tubos de cremas antiacné y sus cajas vacías de cedés. Robbie, que tiene seis años, aporta lo suyo, que se compone básicamente de juegos de ordenador rotos, un balón de fútbol pinchado y una hamburguesa mordisqueada, mientras que, en extraños rincones aún sin explorar del baño o de la cocina, de pronto te puedes topar con algún resto antiguo de mi madre, como por ejemplo un vestido que se le quedó pequeño, una peluca rubia que se compró un día para hacer la broma pero luego nunca se llegó a poner, e incluso (si tienes de verdad mala suerte) un sujetador raído o un par de bragas.

Dejadme que os aclare algo ahora mismo: esto no es ninguna tragedia. Cuando mi padre tocaba alguna de sus canciones con la guitarra, o Robbie se ponía a bailar como un loco por el salón, o Kirsty contaba uno de sus chistes malos, o (cuando aún andaba por aquí) mi madre me acariciaba el pelo al darme las buenas noches, mi casa era un lugar agradable en el que vivir.

El problema era que, últimamente, ninguna de esas cosas ocurría ya muy a menudo que digamos. A mi padre le interesaba más la cerveza que su guitarra, Robbie se limitaba a enfrascarse en sus juegos de ordenador y, desde que se había convertido en una adolescente, Kirsty había desarrollado una especie de bloqueo en su sentido del humor.

Ahora hay un vacío que antes ocupaba mi madre. Antes la veía de vez en cuando, y la llamaba dos o tres veces a la semana, pero me daba la impresión como de que sacaba tiempo para mí, de que trataba de hacerme un hueco en su vida tan ajetreada, que tenía otras cosas más intere-

santes y más urgentes por las que preocuparse que no eran los problemitas cotidianos de Danny Bell. Así que al final terminé por guardármelos para mí.

A veces te puedes sentir supersolo en una familia.

Hacedme caso en una cosa: no necesitáis una descripción detallada de la familia Bell. Una de mis listas (a veces en clase me dedico a hacer listas) os dirá más de lo que necesitáis saber.

10 DATOS CLAVE SOBRE MI VIDA

1. Mi padre quería ponerme de nombre «Noddy» por una de sus estrellas de rock favoritas.
2. Hace cinco años que no le pego a un balón de fútbol.
3. Tengo la lengua más larga de lo normal y llego a tocarme con ella la punta de la nariz. He ganado tres apuestas en el colegio haciendo esto.
4. Mi padre no ha salido de casa por nadie ni por nada en los últimos dos años y tres meses.
5. Una prima de mi madre atendió una vez a Jennifer Aniston en una tienda y no la reconoció.
6. Mi afición favorita es tirarme un buen rato en la bañera enfrascado en mi libro *El mundo de los pájaros*.
7. Mi madre vive ahora a unos diez minutos andando de casa y al resto de la familia nos parece bien.
8. Soy zurdo.
9. Si me muriera, aparte de mi familia, solo dos personas, Maddy Nesbitt y Rick Chancellor, vendrían a mi funeral por gusto. Para los demás, sería una excusa para perderse colegio, o lo harían por obligación, por

curiosidad o porque si no se sentirían culpables. Bueno, ahora que lo pienso, serían tres personas, porque a la señora Elliott siempre le he caído bastante bien.

10. Tampoco es que tenga planes de morirme en un futuro próximo (os lo digo por si acaso os estabais preocupando).

Aquella tarde, cuando llegué a casa después del colegio, mi casa no estaba en su mejor momento.

Delante del sofá, dispuestos en semicírculo alrededor de unos piezacos con calcetines grises medio bajados, había todo un despliegue de platos sucios, latas de cerveza vacías y platitos con colillas pegadas.

Mi padre estaba viendo el programa *Countdown*. Parecía que llevara toda la vida viendo ese programa. Junto a él, casi como si fuera una persona, estaba su guitarra. Una voluta de humo azul se elevaba en espiral del cigarro que sostenía en la mano, iluminada por los rayos de sol que se colaban por la ventana.

–Hola, papá –lo saludé, recogiendo un par de latas de cerveza.

Los ojos de mi padre seguían fijos en la pantalla. Aunque a él eso de encontrar las palabras adecuadas para expresarse no es que se le dé muy bien, ese concurso de palabras es su programa favorito.

–Entartar –dijo.

–No, no lo creo, papá –le contesté yo–. Estoy casi seguro de que no encontrarás la palabra «entartar» en el diccionario.

–Pues claro que sí –me dijo sin mirarme–. ¿Es que no te enseñan nada en ese colegio al que vas?

–*Tengo la palabra «tartera»* –dijo uno de los concursantes de la tele.

Mi padre le dio un puñetazo al reposabrazos del sofá con la mano que tenía libre.

–Se me habría ocurrido a mí si no hubieras entrado justo en este momento –dijo.

–Vaya, papá, pues lo siento.

Recogí del suelo un plato con los restos a punto de endurecerse de una tostada con judías pintas encima. Iba a dejarlo encima de la mesa cuando reparé en un libro.

¿Un libro? ¿Cerca de mi padre? Ahí había algo que no cuadraba. Justo en el momento en que caía en la cuenta de lo raro que era eso, también reparé en otras cuantas cosas más:

1. El libro era mío.

2. Era *El mundo de los pájaros*, que casualmente es uno de mis libros preferidos de toda mi vida.

3. Estaba lleno de cerveza.

Lo recogí del suelo, goteando líquido.

–¿Qué ha pasado? –pregunté.

–Ah, sí –mi padre ahora parecía concentrarse en la pantalla con mayor atención que antes–. El plato estaba caliente. Puse debajo el libro.

–Pero... está lleno de cerveza.

Le echó entonces una mirada, ligeramente sorprendido.

–Lo siento, chaval –dijo, bebiendo un sorbo de una lata–. Luego me ocupo de eso.

–¿Por qué tienes que...? –Lo que quería preguntarle era que por qué tenía que estropear todo lo que era importante para mí, pero entonces, nada más empezar la frase, supe que solo conseguiría que nos peleáramos, luego yo sentiría lástima de él y de ahí pasaríamos a tener otra gran discusión sobre lo difícil que era ser Dave Bell, abandonado por su mujer, con una carrera musical que hacía tiempo que había pasado a la historia, tres hijos de los que ocuparse y un problema psicológico que le impedía salir

de casa. Al final sabía que sería yo quien terminaría pidiéndole perdón a él y que me iría a la cama sintiéndome culpable.

Con mi libro mojado en la mano, me fui a la cocina, donde Robbie se estaba metiendo una hamburguesa en la boca.

–¿Todo bien? –le pregunté, secando *El mundo de los pájaros* y dejándolo sobre un radiador.

Robbie emitió un gruñido de hamburguesa.

–¿Qué tal el cole?

Robbie se encogió de hombros y luego tragó el bocado.

–¿Por qué papá siempre tiene que ver ese concurso? –gruñó–. Yo quiero ver *Scooby-Doo* en otro canal.

Reparé entonces en que encima de la mesa había un montón de sobres de color marrón. Les eché una ojeada. En cada uno alguien había garabateado: «Desconocido en esta dirección».

Ello explicaba por qué papá estaba aún menos hablador que de costumbre. Había estado ocupado mirando su correo.

Cuando era joven, papá era una especie de rebelde. «Siempre he sido un marginado», dice ahora de vez en cuando.

Le obsesiona la idea de que ahí fuera hay un puñado de tipos que representan a la autoridad, vestidos con trajes y corbatas oscuros, y que lo persiguen para hacerle algo. Tiene una palabra para esa gente: «el Hombre».

El Hombre quiere que pague las multas, o le pregunta por sus impuestos, o le anima a encontrar trabajo. El Hombre nunca acierta a entender que él es músico y que además todavía se está recuperando del golpe que supuso para él la muerte de su padre hace cuatro años. Y es el Hombre también el que le manda cartas con sobres marrones que hay que abrir al vapor –por si acaso no son del Hombre

y dentro tienen dinero– y luego volver a cerrar con mucho cuidado y garabatear encima: «Desconocido en esta dirección».

Para ser sincero, era en momentos como ese cuando la guerra de papá contra el Hombre actuaba a mi favor. Rebusqué en mi mochila y saqué la carta que había escrito la señora Elliott, mi profesora, en la que les decía a mis padres (esto me lo imagino yo, pero creedme, seguro que estoy en lo cierto) que este trimestre estoy trabajando muy por debajo de mis posibilidades, que cada vez le preocupa más mi actitud en general, etc., etc., y blablablá, y añadí otro sobre marrón más al montón.

Para papá, la señora Elliott también es el Hombre. Haría caso omiso de su carta y, pasados unos días, yo no tendría más que tirarla a la basura y nadie se daría cuenta.

Camino de mi cuarto, cometí el error de mirar dentro del baño.

–¿Es que a ti en tu colegio no te enseñan a llamar a las puertas antes de entrar? –mi hermana Kirsty estaba de pie delante del espejo y parecía muy ocupada en examinarse un grano en la barbilla.

–¿Vas a salir? –le pregunté.

–Ocúpate de tus asuntos, Pinocho –me contestó en tono cortante.

Unas breves palabras sobre Kirsty. Es la eterna enfadada de la familia Bell. Ha habido varios momentos en su vida en que pensé que dejaría de ser una adolescente enfadada –cuando dejó el colegio el año pasado, cuando se tiñó el pelo de rubio, cuando empezó a salir con Gary, un tío de veintimuchos tacos que trabaja en el súper del barrio–, pero el caso es que no ha sido así. He empezado a pensar que va a ser una adolescente toda su vida.

Salí del cuarto de baño. Entonces se me ocurrió una cosa y volví a asomar la cabeza otra vez.

–¿Pinocho? –pregunté–. ¿Por qué Pinocho?

Kirsty soltó un suspiro en plan dramático.

–Pues porque –dijo, sacudiendo la cabeza de lado a lado en un gesto de exasperación– Pinocho siempre estaba metiendo las narices en los asuntos de los demás. Igual que mi espantoso hermano pequeño.

–No –le contesté–. Me parece que no es así la historia.

–Mira, renacuajo, eres más que patético. ¿Y entonces por qué tenía la nariz tan larga, a ver?

–Porque mentía. Cada vez que mentía le crecía la nariz.

–Sí, pues ya ves qué diferencia con lo que yo digo.

–Kirsty acercó aún más la cara al espejo.

–Crecía y crecía... como ese grano que tienes en la barbilla.

–¡Fuera! –cogió una pastilla de jabón y me la tiró, pero yo cerré justo a tiempo la puerta para que no me diera.

Me encerré en el cuarto que comparto con Robbie y me senté en mi cama.

Normalmente, en ese momento del día, suelo aislarme cerrando los ojos al mundo que me rodea, disfrutando de mi intimidad, o quizá me pongo a hojear mi libro *El mundo de los pájaros*, mirando las fotos y las descripciones de las especies.

Pero gracias a mi padre, que me había llenado el libro de cerveza, aquella tarde no tenía otra cosa que hacer más que abrir mi mochila y vaciar su contenido encima de la cama.

Dentro había el montón de cosas de costumbre: fragmentos de deberes que nunca había llegado a entregar, viejos apuntes de clase y un par de libros.

Cuando estaba tirando a la papelera una carta del director sobre unas contribuciones económicas a la nueva aula de música, reparé en una hoja de papel blanca y negra que nunca había visto antes. Atrajo mi atención un titular en grandes letras en negrita, que decía: «CAMBIA DE PADRES». Tenía pinta de ser un folleto publicitario.

Me incorporé sobre la cama y empecé a leer:

¿Quieres una nueva vida?

¿Estás buscando un nuevo hogar?

¿Estás cansado de tus padres?

Entonces es el momento de que pruebes...

Cambia de Padres™

*Hace dieciocho meses, unos chavales de secundaria
estaban hablando de todas las cosas
que mejorarían sus vidas.*

*Algunos odiaban sus colegios, otros querían vivir
en otra ciudad. Pero la mayoría estaba de acuerdo
en que había algo que les fastidiaba
más que ninguna otra cosa, y era...*

¡SU FAMILIA!

Pero uno no puede cambiar de familia, ¿verdad?

*¡Claro que puede! Ofrecemos una manera
totalmente legal para cualquier adolescente,
con edades comprendidas entre los once
y los dieciséis años, de cambiar su vieja forma
de vida por una totalmente nueva, proporcionándole
unos nuevos padres que se pueden elegir
para colmar las necesidades de cada uno.*

Parece demasiado bonito para ser cierto, ¿verdad?

*Pero aquí, en **Cambia de Padres™**, hemos encontrado
nuevos hogares para más de 500 chavales.*

¿Y sabes una cosa?

¡Menos del 2% ha preferido volver a sus viejas familias!

*Los demás se han reinventado a sí mismos
y se han acostumbrado a su nueva vida
con sus nuevos padres, mejores que los de antes.*

He aquí algunos de sus comentarios:

«Como mejor, mi vida es mejor, veo más la televisión,
¡gracias, **Cambia de Padres**TM!».

D.L., 12 años

«Acabo de descubrir que los adultos también pueden ser
seres humanos. Ahora se lo digo a todas mis amigas:
¡mejorad vuestra vida, cambiad de padres!».

A.M.S., 15 años

«Antes de descubrir **Cambia de Padres**TM,
pensaba que había que tener 18 años para poder
controlar tu vida. **Cambia de Padres**TM
es el mejor invento del siglo XXI».

T.S.L.T., 14 años

*¿Te interesa? Llámanos o visita nuestra web:
www.cambiadepadres.com*

Tenía que ser una broma, no podía tratarse de otra cosa. En el colegio a algunos les molestaba bastante que yo fuera tan solitario, que nunca me uniera a sus pandillas ni a sus juegos, pero, las cosas como son, ninguno era lo suficientemente listo como para inventarse un chanchullo como este.

Cogí mi móvil y, tras dudarlo un segundo, marqué el número que aparecía en el anuncio.

Tras un timbre se oyó un mensaje grabado. Una voz femenina –joven, quizá la de una niña– dijo: «Hola, has llamado a *Cambia de Padres*, el mejor servicio familiar para niños. Estamos aquí para servirte, pero en este momento nuestras oficinas están cerradas. Puedes contactar con nosotros en horario comercial. Esperamos impacientes tu llamada».

Me recosté en la cama y cogí de nuevo el anuncio.

¿Quieres una nueva vida?

A modo de respuesta, se oyó desde el salón un coro de berridos, que retumbó sobre las paredes del estrecho pasillo que llevaba hasta mi habitación.

Sin tan siquiera escuchar las palabras pronunciadas, yo ya sabía de qué iba la discusión. Kirsty se disponía a salir.

Mi padre, que nunca salía, no estaba de acuerdo y Kirsty le decía que la única razón de que le molestara que ella saliera era porque esa noche tendría que cocinarse él mismo la cena. Alguien –probablemente Robbie– encendió el televisor y los sonidos de su serie *Scooby-Doo* se mezclaron estrepitosamente con los gritos de la familia Bell.

El ruido se hizo más y más fuerte hasta que –¡zaca!– mi hermana se marchó y ya solamente se escuchó a Scooby.

¿Estás buscando un nuevo hogar?

Volví a coger el móvil. En momentos como ese, solo había dos personas en el mundo con las que podía hablar: Maddy Nesbitt y Rick Chancellor. Los dos estaban al corriente de mis problemas familiares y podía confiar en que mantendrían la boca cerrada.

Por puro instinto, elegí a Maddy.

–Hola, guapo –dijo con voz alegre–. ¿Qué tal estás?

–Genial –mentí–. ¿Y tú?

–Mi madre tiene una cita –se rio Maddy–. Va por toda la casa cantando muy contenta.

–¿Con quién ha quedado?

–Con un Géminis con carácter. La agencia matrimonial dice que es muy dulce y muy guapo. Todavía ni lo conoce y ya se cree que es el hombre de su vida. Dice que es actor.

–Vaya, mal rollo.

–Tú lo has dicho.

–Me imagino que es una pregunta muy tonta –le dije–, ¿pero has encontrado algo extraño en tu mochila últimamente?

–¿Extraño? ¿En qué sentido?

–Una especie de anuncio. Probablemente no sea nada.

–Espera. Tengo la mochila aquí mismo –por un momento se la oyó rebuscar y luego volvió al teléfono.

–Solo llevo las cosas de siempre –dijo–. ¿De qué tipo de anuncio estamos hablando?

Le eché una ojeada.

¿Estás cansado de tus padres?

–Nada en realidad. Lo he debido de coger por error.

–¿Estás bien, Danny? Te encuentro algo raro.

–Estoy bien –le contesté–. Nunca he estado mejor.

Me despedí de ella y le di a la tecla de marcación rápida.

Casi inmediatamente, se oyó un mensaje que conocía demasiado bien. La voz era la de mi madre, con su tono de secretaria fina más profesional.

Hola, soy Paula Griffith. Ahora mismo no podemos contestar al teléfono, pero, por favor, deje su mensaje y le...

No podemos. A veces, cuando estaba de buen humor, eso de que en su contestador mi madre hablara en plural me hacía gracia. Sonaba tan alegre y positivo, como si fuera parte de una familia estupenda y estuviera demasiado ocupada siéndolo, divirtiéndose con su fantástico marido y sus encantadores hijos, como para tener tiempo para coger el teléfono.

En otros momentos –en momentos como este– recordaba que el mensaje que le lanzaba mi madre al mundo era una farsa. Para mi madre, nada había tan importante como ella misma.

Colgué el teléfono, tratando de no hacer caso de la punzada de tristeza que sentía en el estómago.

Volviéndome a tumbar en la cama, cogí otra vez el folleto.

Cambia de Padres. No sé por qué, pero esas palabras me hicieron sonreír. Aunque pudiera parecer una locura, tenía la inexplicable sensación de que ante mí estaba empezando a abrirse una puerta.

Por ella se colaba un rayito de luz y de esperanza.

ENTREVISTA N.º 2

Rafik Asmal

RAFIK: Si he de serle sincero, nos desconcertó lo poco que tardó en decidirse. Desde el primer día, estaba como loco por empezar. Menos de veinticuatro horas después de soltar el anuncio, tuvimos un intento por su parte de contactar con nosotros. Era verdaderamente emocionante.

ENTREVISTADOR: ¿Les preocupaba el contacto con Madeleine Nesbitt?

RAFIK: En absoluto. Eso lo podíamos solucionar. Después de todo, somos profesionales.

Tiempo de pasar a la acción

Camino del colegio a la mañana siguiente, di un pequeño rodeo por el parque Sunnybrook, me senté en mi banco y volví a marcar el número de *Cambia de Padres*.

Eran las ocho y veinte. Lo más que me esperaba era encontrarme con otro contestador. Alguien descolgó el teléfono al segundo timbrazo.

–*Cambia de Padres*, buenos días –la voz de la mujer era alegre y profesional. Normal, vamos.

Me debió de entrar miedo, porque de pronto tenía la boca seca y no se me ocurría nada que decir.

–¿Diga? –dijo la mujer–. *Cambia de Padres*, ¿en qué puedo ayudarle?

–No esperaba que hubiera nadie tan temprano –dije. La mujer se rio.

–Abrimos a las siete y media. La hora antes de que empiece el colegio es justo cuando recibimos más llamadas. ¿En qué puedo ayudarte?

–Pues... me llamo Bellingham, Jay Daniel Bellingham. He recibido su anuncio.

Hubo una pausa, casi como si mi nombre no fuera exactamente el que la mujer esperaba oír.

Entonces dijo con voz alegre:

–Fantástico, Jay. Y tal vez sentías curiosidad por saber cómo trabajamos, qué hacemos, cómo encontramos nuevos padres a los chavales y todo eso.

–Yo ya tengo padres –las palabras salieron de mi boca en un tono de voz demasiado alto. Miré a mi alrededor, preocupado por que alguien pudiera estar escuchando esa conversación tan rara.

–No pasa nada, Jay –dijo la mujer–. A mucha gente sencillamente le apetece cambiar. Se despiertan una buena mañana y se dan cuenta de que todos sus problemas se resolverían con unos nuevos padres. Creemos que tienes derecho a elegir, tengas la edad que tengas. Los niños tienen que poder elegir –la mujer de *Cambia de Padres* bien podía haber estado hablando de una escapadita a la playa durante el fin de semana para tomarse un descanso.

–Sí, bueno... –le dije poco convencido–. Creo que les llamaré más tarde.

–A lo mejor te apetece pasarte por aquí y charlar un poco con nosotros. No hay ninguna obligación. *Cambia de Padres* es una organización sin ánimo de lucro, así que no te costará nada. Puedes hablar con alguno de nuestros empleados. Luego, si cambiar de padres no te parece tan buena idea después de todo y prefieres quedarte como estás, para nosotros no hay ningún problema en absoluto. Por el contrario, si decides asumir el reto de *Cambia de Padres* y cambiar tu vida, por nosotros también fantástico. Estamos aquí para ayudar a la gente como tú, Jay.

–Es... es muy amable por su parte.

–Da la casualidad de que mi compañero Rafik está libre esta tarde. ¿Quieres que te concierte una cita con él?

–Pues...

–¿A qué hora sales del colegio?

–A las tres y media.

–¿Qué tal entonces a las cuatro y media?

Vacilé y, en esos pocos segundos, me pregunté si era Danny Bell, el señor Cabeza Gacha, el señor Boca Cerrada, el señor Nunca se Atreve a Nada, o si, solo por una vez, podía ser en la vida real la persona que fingía ser, Jay